

MÉNDELE SARATOGO Y LA FIDELIDAD

Elías Scherbacovsky

Era campeón olímpico de crucigramas con un solo ojo. Con dos sería imbatible cuando resolver crucigramas se convirtiera en un deporte olímpico. Lo preveía pero sin decirlo a nadie. No fue que temiese de pasar por charlatán. Humilde en su profundidad, no lo decía, quizá, por un instinto de nacimiento, o porque tuviese conciencia del ridículo. Solo tenía paciencia para los crucigramas, parecía su esclavo antes de marcharse de la casa a Buenos Aires como los hijos de otros inmigrantes europeos. Nació ya circuncidado en Bas'so (Basavilbaso), en la provincia argentina de Entre Ríos. Tras su fracaso en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, con la ayuda de amigos de francachelas –dos de ellos *piolas* ingerentes en la municipalidad–, obtuvo la licencia para establecerse con un quiosco donde vendía cigarrillos, loterías, flores, golosinas, diarios y revistas – hasta pulseritas y otras fantasías– en el barrio de Liniers, situado en el oeste de la capital federal.

De chico, su madre, lo llevaban a la calesita de don Luís, un tiovivo histórico y original, situado en el patio de baldosas rojas de la familia Rodríguez de Basavilbaso. El Calesitero le facilitaba la sortija al manipular la bocha y cuando la arrancaba le daba una vuelta gratis. Su buena suerte era de nacimiento. El contrapeso de aquella buena suerte era a sus 24 años de edad un oscuro sentimiento de ansiedad y urgencia. Este sentimiento lo impulsaba a hacer lo que hiciese corriendo, y a la máxima velocidad, sin que nadie conociese el motivo de semejante virtud o defecto. Hasta para montarse en la calesita lo hacía subiéndose rápidamente temiendo que empezara a girar y lo dejase de a pie. Su madre, conociendo el temperamento de Méndele, igual al de su padre anarquista, muerto en la prisión de Tierra del Fuego, lo sujetaba en el regazo hasta que, impulsivo, se desprendía e irrumpía en la plataforma donde los esperaban en silencio los caballos, una jirafa, y los coches de madera.

La madre de Méndele Saratogo, una señora rusa, tolstoyana y bien puesta, dizque domadora de potrancas en una chacra de Bielorrusia, quería que en caso de que su hijo no se recibiera de ingeniero, *como menos* –una de las primeras expresiones que aprendió al llegar a Buenos Aires a bordo del vapor Pampa, en 1915– fuese un intelectual. Que al menos pensara, que sea un hombre pensante, aunque también sabía por experiencia que solo pensar no le daría necesariamente de comer. La madre, Sheine Kleinman, concubina de Salvador Saratogo, era de las pocas adolescentes de su pueblo que sabía leer y escribir. Esto explica, tal vez, sus pretensiones. Otras jóvenes como ella, engañadas por perversos proxenetes judíos de Varsovia que fumaban con boquilla y lucían muelas enchapadas con láminas de oro, llegaban a Buenos Aires para ejercer la prostitución mientras sus padres, balanceándose delante del arca sagrada en las sinagogas con los mantos de rezos por encima del hombro, rogaban al Rey del Universo que las desposara un buen partido.

El padrastro de Méndele, Salvador Saratogo, un hombre bondadoso si estaba sobrio, le regaló a su hijastro una radio a transistores antes de subir al tren que lo llevó de Basavilbaso a la ahumada estación del Retiro, en Buenos Aires. La idea era inscribirse en la Facultad de Ingeniería, pero la velocidad con que vivía no lo ayudó. El penúltimo consejo de Saratogo antes de acomodarse Méndele en el banco de madera del tren, a través de la ventanilla, fue que tuviese cuidado con las mujeres. Que no se enredara con *hembras* infieles y desconfiara de las muy pintadas. Cuando el guardatren se quitó la gorra e hizo sonar el pitido estridente del silbato agitándole un pañuelo verde al maquinista, con las ojeras caídas Saratogo, del gremio de panaderos anarquistas de Entre Ríos, alcanzó a decirle que tampoco se metiese en la carroña política.

En los conjuntos, quebrados y la equis cuadrada, Méndele se mareaba o se adormecía. La velocidad no le ayudaba a resolver los teoremas. La reflexión lo desordenaba; terminaba por dejarlo confundido en una calle sin salida. En un momento decisivo, la carrera de ingeniería le importó un pito. Lo decidió mientras comía una porción de pizza con un vaso de moscato mirándose en un espejo que agrandaba el local. Prefirió escuchar la radio en el quiosco con el cual se instaló en Buenos Aires. Allí también completaba los crucigramas con la ayuda de un diccionario *Larrouse*. A veces, impaciente porque se demoraban los colectivos, prefería ir corriendo adonde tuviese que llegar. Y se enojaba consigo por la lentitud con que se vendían los billetes de la lotería si se vendiesen. No llegaba a vender más de la mitad. Correr lo animaba suponiendo que es un hábito sano.

El 24 de diciembre de 1960 Radio Splendid, sobre una dramática cortina musical, dio la primicia: anunció el número ganador del Gordo de Navidad, uno de los billetes que no había vendido (la revancha de los loteros). Lo primero que hizo Méndele fue correr a comprarle una lavadora de ropa Amkor a su madre y, aun resentido con él, en la tienda de López Taibo adquirió un talero para el padrastro. Saratogo no era un santo ni trigo limpio. Era un anarquista en descenso, avaro porque había sido pobre, y medio dueño de una tienda de ramos generales.

Millonario por gracia de la lotería provincial, Méndele se retiró del quiosco y cambió su opresivo espacio –dejó únicamente la percha pero se deshizo de la jarra corroída en la que orinaba– por la sala aireada de la biblioteca vecinal de Liniers. Primero tomaba el desayuno –café cortado con leche y tres crocantes medias lunas– en el Café Pedernera. En la biblioteca pedía enciclopedias en préstamo para leer sentado en un almohadón bordado que adornaba su cama en la pensión El tigre dormido, situada en la calle Paso del barrio de Once. Los pensionistas eran, como él, universitarios crónicos de Ingeniería y del Hospital de Clínicas para estudiantes de medicina. Méndele Saratogo pasaba velozmente las páginas de las enciclopedias ilustradas encantado con la sensación de ver que las figuras se movían como si estuviesen vivas. Cuando terminaba de leer y mirar las enciclopedias volvía a empezar la lectura, lo mismo que los judíos religiosos de Basavilbaso, quienes año tras año, en el día de *Simjat Torá*, se vestían de fiesta al concluir la lectura de las Sagradas Escrituras y la reanudaban nuevamente desde el Génesis y hasta Malaquías, donde Jehová –como sabemos– anuncia que *viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa*.

Méndele ignoraba su prosapia, y odiaba –sin manifestarlo– a su padrastro, un ex chacarero judío de origen libio, un hombre impenetrable que un día se cambió de nombre en la delegación del Ministerio del Interior. Su ideario lo había distanciado de sus ancestros. Hecho un criollo ensillaba los caballos como si fuese *Julián Sánchez*. En la alborada, al mostrarse el sol, se espejaba satisfecho en los girasoles. Si alguien osaba preguntarle por su identidad, quién era *realmente*, se soltaba rezongando: *Soy el que soy, ¡canejo!*, y no lo revelaba. En *Iom Kipur*, el Día del Perdón, cuando la colonia se concentraba en las sinagogas, Saratogo asaba un lechón. La madre de Méndele, Guitl de Saratogo, era hija de una familia de madereros de Lípetsk oprimidos por el emperador Nicolás II. Antes de emigrar Méndele de Basavilbaso a Buenos Aires, su madre le transmitió las enseñanzas de León Toltói, muy leído entre los anarquistas cristianos y algunos judíos de Lípetsk. Por una extraña costumbre aprovechaba para darle consejos mientras fregaba la ropa con jabón Federal en la estriada tabla de lavar protegida del agua con un mandil de cuerina. Méndele la oía sentado en un banco de paja distraído en un crucigrama pero levantaba la vista al verla estrujando y escurriendo como un trapo de piso. La madre, que no parecía sentirlo, le decía que "el amor es la ley fundamental de la vida", o recordaba una de las máximas del maestro Tolstói, la de respetarse a uno mismo, y no hacernos los listos, respetar también a nuestros semejantes. Se ufanaba de haber leído *Guerra y Paz*, y participado en el sepelio de Tólstoi en Yásnaia Poliana en 1910.

Tampoco era Saratogo, alias *Julián Sánchez*, el que era para los gentiles cristianos, que algo sospechaban de él. Su madre tenía colgado en la cocina un dibujo de Méndele con un candelabro. Tampoco se sabía en el pueblo que fuese un judío de Tobruk ni ex consejero del rey Idris de Libia, como le había dicho a la madre de Méndele, que nunca logró salir de la nubosidad del duelo por su marido ruso, amigo de Simón Radowitzky. En realidad, en el registro de inmigrantes llegados a principios del siglo veinte al puerto de Buenos Aires, Saratogo era David Heinholz, un aprendiz de

panadero procedente de Bavaria. Puede que estos últimos datos biográficos acerca de la madre y el padrastro de Méndele resulten curiosos o interesantes. ¿Pero qué importancia tendrían cuando Salvador Saratogo, con las manos encallecidas en el campo y en la doma amenazaba con golpear a su mujer viéndola en camisión, con el pelo mojado y despeinado al volver ebrio de la pulpería? Un nosequé inconsciente, sin nombre, lo contenía siempre con el puño en alto sin bajarlo. Guitl –en cuya familia no había borrachos– le hablaba en *idish*...y altanera, con una peineta en la mano, le cantaba las cuarenta por empinar el codo. El lenguaje argentino se le trababa a la abnegada madre de Méndele entre la dentadura postiza y el paladar. Nunca fue más allá para aliviarse de sus penas hablando por saberse una gringa de Rusia. Los vecinos, admirados de la habilidad criolla de *Julián Sánchez* para enlazar y domar potrillos, le buscaban la conversación pero Guitl se avergonzaba de sus errores, era una perfeccionista y los eludía.

Méndele Saratogo, más conocido en Liniers por su alias, *el Rana*, debido a su astucia para ganarse la vida, cerraba el quiosco los domingos y caminando rápidamente, como si levitara, igual que muchos seminaristas de las academias rabínicas, iba a vender los masticables *chuenga* en el estadio de fútbol del club deportivo Vélez Sarsfield, del que era fanático. Su padrastro le pedía que le trajese esos caramelos cuando los 9 de Julio viajaba a visitar especialmente a su madre en la colonia de Basavilbaso. Incitado por ella, el padrastro lo llevaba de un brazo a un rincón y le insistía en que terminara sus estudios de ingeniería. Que no lo hiciese le quitaba el sueño a su mamá. Méndele asentía de inmediato y después hacía lo que se le antojaba. Dolorida y amarga, su madre decía que tenía pajaritos en la cabeza, o algo parecido, en su idioma natal. Si el cuadro de Vélez no jugaba en su cancha, Méndele llenaba un bolso con globos, los inflaba y retorció hasta que parecían muñecos y los fines de semana los vendía en los jardines soleados de Palermo. Se dirá de *el Rana* lo que se diga, pero no era un holgazán. En Lípetsk ya sería propietario de un trineo y se ganaría la vida transportando pasajeros por la nieve, el oficio de su padre, herido por una bala perdida antes de embarcarse para Buenos Aires. Fue durante la sublevación de un escuadrón de cosacos contra el zar porque demoraban en pagarles el salario.

La crisis que sufrió Méndele una noche en el bar Pedernera después de sentirse humillado al perder una partida de truco, y por las bromas de que fue objeto por chambón, quizá sea comparable con lo que les acontece, muchas veces sin saberlo, a los que optan por resguardarse detrás de su trabajo, en los estadios deportivos, entregados a las artes y los museos, y a otros entretenimientos, jugando al solitario o en mundo de los crucigramas. Guitl de Saratogo ya no estaba, y el padrastro, al que perdió de vista, estaba apareado con una tal Margarita Fain, una viuda de la colonia Dora, fervorosa simpatizante del líder socialista Alfredo Palacios. Como al escritor y necrólogo Alberto Guerchunoff, la experiencia de los judíos en el campo, sin contar los asesinatos, ungió al apócrifo *Julián Sánchez* de un ardor patriótico que, afortunadamente para él, le borró sus orígenes y lo transformó en un argentino casi de pura cepa.

Salvador Saratogo buscó a Méndele para saber cómo se encontraba su hijastro. Lo hizo recurriendo al responsable de un programa de radio destinado a la búsqueda de familiares y parientes desaparecidos en la gran guerra de Europa, Ofer Enosh. También a las que auspiciaba la *Hora judía*, que se propalaba el domingo a la mañana, justo cuando Méndele corría hacia el lago de Palermo con un carro sobre ruedas de patines cargando los globos y unas bolsitas de maní garrapiñado.

Una noche de invierno, yendo Méndele ensimismado a su casa, en una sexta planta, bajo una obstinada lluvia por la avenida Rivadavia, como si desde una cornisa le hubiesen arrojado un balde de agua helada, se detuvo debajo de un toldo junto al escaparate de una ferretería creyendo que quería ver una ventajosa oferta de clavos de acero y destornilladores. Tenía el impermeable empapado y el agua del paraguas caía a chorro. Un relámpago iluminó el cielo encapotado. Desde una momentánea abertura entre las nubes, asomado por fuera del toldo con la esperanza de que cesara de llover, vio prendida de un repentino y ruidoso trueno la espada de Damocles como si estuviese en un cuento. Tenía los pulmones acatarrados y carraspeaba. Sin entender qué se traía Damocles con su espada encendió un Particulares fuerte, los cigarrillos que fumaba con culpa creyendo que asumirla lo liberaba del peligro o del castigo. Y ahí mismo, como si también a él el relámpago le hubiera iluminado el

cerebro, y ya que estaba viviendo, se preguntó de sopetón qué era y qué quería, por qué corría todo el tiempo. Sabía quién era y de dónde venía, pero se iba por la tangente si no le convenía revelarlo. Había llegado a los treinta y tres años y aún no había cuestionado su existencia, y no sufría de religiones. Omar Delfino, un sosía suyo con el cual jugaba al truco en el bar Pedernera, me aseguró que esa falta de lucidez acerca de su propia existencia fue lo mejor que le había ocurrido a Méndele. Dinero no le faltaba, todos los días publicaban los periódicos nuevos crucigramas y en el lenocinio de Liniers las chicas lo adoraban; les llevaba tabletas de chocolate Dolca con avellanas y pasas, o bombones Cabsha, y se divertían entre sí, o a su costa, haciéndole rizos en el pelo, renegrido y abundante. De hecho, lo mimaban de palabra, vestido o desnudo.

Méndele Saratogo –bien vista su trayectoria– vivió la vida sin saber para qué, sin ser un hombre excepcional. Murió joven, en octubre de 1969, con una gran barriga grande pero feliz. El único percance, puede decirse, fueron las dificultades para respirar debido a un enfisema. En un club campestre de la comunidad israelita llamado *country*, al que concurría cuando recordaba a su mamá en el día de expiación, *Iom Kipur*, desistió de convertirse en marido de dos solventes chicas, Ilse Kugel y Denise Silverstein. Eran, aparentemente, solteras sin tocar y todavía sin rodetes en la cabeza. Antes de morir, siempre acompañado por la buena suerte, sin competidores en relación con su fortuna, Méndele se convirtió en el más caritativo filántropo de pobres en Liniers y en barrios lindantes. Y también redimió a Rebeca Elsmayer, hija de una veterana prostituta estafada, de origen polaco, con la que se casó después de muchos devaneos. Recibía hombres en un departamento de la calle India con un balcón desde el cual se ve el zoológico. Lo sorprendente fue esto: que en la misma noche de la boda en el templo de la calle Libertad –él de frac y chistera, ella con un vestido blanco acampanado de brocato y una gargantilla de oro de veinticuatro quilates–, cuando se desvestían en el histórico hotel Alvear, Méndele se volvió de improviso un fuera de serie. No sé de qué forma se lo dijo, si con simpatía y comprensión, o si como una borrosa advertencia. La autorizó jurándolo a que tuviese los amantes que quisiera, con lo que se aseguró la fidelidad de Rebeca Elsmayer hasta su propio deceso.